

HISTORIA DE LA IGLESIA

- A. MARCHAMALO SÁNCHEZ - M. MARCHAMALO MAIN - R. M.^a SANZ DE DIEGO, S.J., *Guía ignaciana de Alcalá de Henares*, Madrid, Institución de Estudios Complutenses (C.S.I.C.) y Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús, 2.^a edición, 2001, 91 pp.

Con ocasión de los aniversarios ignacianos (1991) se elaboró esta guía, que orienta al turista o al peregrino que quiere acercarse a un lugar ignaciano cercano a Madrid. Fue fruto de la colaboración de dos conocedores de la historia de la ciudad (Antonio y Miguel Marchamalo), miembros de la Institución de Estudios Complutenses, y de un jesuita: Rafael M.^a Sanz de Diego. Agotada aquella edición, ante el interés mostrado por algunas personas que la conocían, se ha realizado una segunda edición, actualizando algunos datos, fotografías y también la bibliografía. Ha mejorado también la presentación.

San Ignacio estuvo en Alcalá alrededor de un año, entre 1526 y 1527, cuando había estudiado ya Gramática en Barcelona y antes de marchar a Salamanca y París. Le llevó a Alcalá su decisión de estudiar Artes en la recién creada universidad cisneriana. Su aprovechamiento académico —él mismo lo confiesa— fue escaso. Se debió al plan de estudios que eligió, muy desacertado por disperso, y a que dedicó la mayor parte de su tiempo a actividades apostólicas, que le llevaron a ser sometido tres veces a tribunales eclesiásticos. En los tres procesos se decretó su inocencia, pero se le prohibió «hablar de cosas de fe» hasta que hubiese concluido sus estudios de Teología. Por esta razón abandonó Alcalá.

Sin embargo, estos meses fueron fecundos en la maduración espiritual de Ignacio. En ellos vivió en hospitales de pobres (Santa María la Rica y Antezana), conoce por experiencia lo que es la autoridad eclesiástica y aprende a relacionarse con ella, obediente y firmemente. Aprendió también a huir de los excesos de cierto tipo de mujeres devotas, que le dieron la apariencia de alumbrado. Entró en relación con un amplio abanico de personas de muy diversa condición social, a los que interesó la persona y el mensaje de aquel estudiante ya provector: desde Inés «la rozadera» a María de la Flor, antigua prostituta, pasando por catedráticos y personas vinculadas a la nobleza. En Alcalá coincidió también con algunos que más tarde serían sus compañeros: Laínez, Salmerón Bobadilla, Nadal, Borja, Manuel Miona, Diego Eguía, Martín de Olabe...

La *Guía* consta de cuatro apartados. En el primero se delinea sucintamente la historia de la ciudad hasta que llegó a ella «el peregrino». Se relatan en la segunda la actividad de Ignacio y los procesos que sufrió en Alcalá. En la tercera se describen los lugares ignacianos alcalaínos, que coinciden con los principales monumentos existentes en la época: la Iglesia Magistral (hoy Catedral), el Palacio de los Arzobispos de Toledo, la muralla, la calle Mayor, el Hospital de Antezana y la Universidad. En la última parte se presentan dos edificios posteriores a la estancia del santo en Alcalá, muy ligados a él: la ermita del Cristo de los Doctrinos y el Colegio Máximo de la Compañía.

El libro está escrito con erudición y amenidad. Se detalla lo que puede interesar al turista acerca de los monumentos alcalaínos y de la trascendencia de este período para Ignacio y la Compañía. Ha sido muy cuidada la presentación: espléndido papel, letra clara, abundancia de fotografías, encuadernación que hace posible un manejo fácil para quien se mueva por las calles de Alcalá, un plano que ayuda a seguir el recorrido que sugiere la *Guía* y una bibliografía final para quien desee más información sobre los temas abordados.

Es una buena ayuda para quien quiera unir arte, historia y devoción, para quien quiere conocer un poco más la figura de Ignacio, aquel universitario atípico que revolucionó Alcalá en los meses en que vivió allí y que recibió tanto que guardó siempre un espléndido recuerdo y quiso, ya en 1545, que se estableciesen allí estudiantes jesuitas bajo la dirección del P. Francisco de Villanueva.—RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.

JULIÁN CASANOVA, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, 323 pp., ISBN: 84-8460-080-7.

La actuación de la Iglesia ante la represión ejercida por los nacionales durante la posguerra española sigue siendo uno de los temas más conflictivos de la historiografía eclesial contemporánea, particularmente porque es todavía mucho el trabajo por hacer y escasas las fuentes de información que se poseen. En este sentido, la obra que ahora pasamos a comentar, escrita por el profesor de la Universidad de Zaragoza Julián Casanova, constituye una de las más interesantes aportaciones al estado de la cuestión.

Sin embargo, nosotros consideramos que esta monografía presenta tanto luces como sombras, tanto elementos laudables como criticables. Hay que decir, antes de nada, que frente a lo que el título pudiera hacer creer (una Historia de la Iglesia a lo largo de los casi cuarenta años de dictadura franquista), en realidad la monografía se concentra exclusivamente en lo que los historiadores llaman «primer franquismo», que para algunos llega hasta 1959 (Plan de Estabilización, visita de Eisenhower, convocatoria del Concilio Vaticano II) y para otros hasta 1953 (Acuerdos con los Estados Unidos y Concordato con la Santa Sede). En realidad, no tiene particular importancia ninguno de los dos límites cronológicos, porque la mayor parte de la narración transcurre en los años cuarenta, con una notable mención a lo sucedido en la Guerra Civil y alguna incursión en los años cincuenta.

Comenzando por los aspectos positivos, debemos reconocer la capacidad investigadora de Casanova, quien se hizo con un manuscrito inédito de 314 páginas que ha constituido la columna vertebral de su libro. Escrito por el capellán de prisiones Gumersindo de Estella y con el título de «Mis Memorias sobre “Tres años de asistencia espiritual a los reos” (22 de junio de 1937-11 de marzo de 1942)», este manuscrito representa una de las más estremecedoras visiones de lo que fue el odio fraternal que había sembrado la Guerra Civil, y que llevó a los «nacionales», vencedores desde el 1 de abril de 1939, a eliminar de manera sistemática a los republicanos. Más allá de lo que Estella pudiera narrar, la obra de Casanova tiene como fin fundamen-